

Homilía de Corpus Christi

Año litúrgico 2019 - 2020 - (Ciclo A)

“Yo soy el pan vivo”

Introducción

La solemnidad del Corpus Christi nos recuerda la singular y particular importancia que Jesús daba al comer juntos en torno a una misma mesa. Las comidas de Jesús fueron gestos y acciones proféticas. Quien se aproxima al Misterio de Jesús no puede eludir el profundo significado religioso y el valor trascendente que el mismo Jesús quiso imprimir a la comensalidad. Sirvan como ejemplo los relatos de la multiplicación de los panes y los peces, las bodas de Caná, la conversación entre Jesús y la sirio-fenicia, la comida en la casa de Simón...

Cuando los seguidores de Jesús se volvieron a reunir tras su muerte, ahora ya sin Jesús, con la sola fuerza en la convicción de su nueva presencia resucitada, hasta el punto que podemos hablar de la comunidad del Resucitado, lo hacen, como nos relatan los textos del Nuevo Testamento, celebrando una comida y partiendo y repartiendo el pan, tal como lo habían visto hacer al mismo Jesús. Es más, las narraciones sobre Jesús, que después pasaron a ser relatos a cerca de Jesús, origen de los Evangelios, se fraguaron en estas comidas de fraternidad.

El sencillo pueblo cristiano, y en lucha frente a las autoridades eclesásticas, comprendió de una forma más plena y auténtica el sentido profundo de la Cena del Señor hasta el punto que, llevado de su ‘sentido de la fe’, consiguió durante la Edad Media europea hacer de la celebración vespertina del Jueves Santo, la Cena del Señor, una solemnidad particular, pasado el tiempo de Pascua, para realzar y celebrar con total alegría y regocijo la institución de la Eucaristía, esto es, el memorial por el cual Jesús se hace ‘real’, simbólica y sacramentalmente, bajo las especies y signos de pan y de vino en torno a una mesa compartida.



Fray Manuel Jesús Romero Blanco O.P.
Misionero dominico en la Amazonía peruana

Lecturas

Primera lectura

Lectura del libro del Deuteronomio 8, 2-3. 14b-16a

Moisés habló al pueblo diciendo: «Recuerda todo el camino que el Señor, tu Dios, te ha hecho recorrer estos cuarenta años por el desierto, para afligirte, para probarte y conocer lo que hay en tu corazón: si observas sus preceptos o no. Él te afligió, haciéndote pasar hambre, y después te alimentó con el maná, que tú no conocías ni conocieron tus padres, para hacerte reconocer que no solo de pan vive el hombre, sino que vive de todo cuanto sale de la boca de Dios. No olvides al Señor, tu Dios, que te sacó de la tierra de Egipto, de la casa de esclavitud, que te hizo recorrer aquel desierto inmenso y terrible, con serpientes abrasadoras y alacranes, un sequedal sin una gota de agua, que sacó agua para ti de una roca de pedernal; que te alimentó en el desierto con un maná que no conocían tus padres».

Salmo

Salmo 147, 12-13. 14-15. 19-20 R/. Glorifica al Señor, Jerusalén

Glorifica al Señor, Jerusalén; alaba a tu Dios, Sion. Que ha reforzado los cerrojos de tus puertas, y ha bendecido a tus hijos dentro de ti. R/. Ha puesto paz en tus fronteras, te sacia con flor de harina. Él envía su mensaje a la tierra, y su palabra corre veloz. R/. Anuncia su palabra a Jacob, sus decretos y mandatos a Israel; con ninguna nación obró así, ni les dio a conocer sus mandatos. R/.

Segunda lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios 10, 16-17

Hermanos: El cáliz de la bendición que bendecimos, ¿no es comunión de la sangre de Cristo? Y el pan que partimos, ¿no es comunión del cuerpo de Cristo? Porque el pan es uno, nosotros, siendo muchos, formamos un solo cuerpo, pues todos comemos del mismo pan.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 6, 51-58

En aquel tiempo, dijo Jesús a los judíos: «Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo; el que coma de este pan vivirá para siempre. Y el pan que yo daré es mi carne por la vida del mundo». Disputaban los judíos entre sí: «Cómo puede este darnos a comer su carne?». Entonces Jesús les dijo: «En verdad, en verdad os digo: si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo

lo resucitaré en el último día. Mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él. Como el Padre que vive me ha enviado, y yo vivo por el Padre, así, del mismo modo, el que me come vivirá por mí. Este es el pan que ha bajado del cielo: no como el de vuestros padres, que lo comieron y murieron; el que come este pan vivirá para siempre».

Pautas para la homilía

El recuerdo

Recordar es para el pueblo de Israel, comunidad religiosa surgida de la Alianza con Dios, tal como se manifiesta se observa en diferentes pasajes del Antiguo Testamento, un verdadero acto religioso. Recordar no es solo una actividad de nuestro psiquismo, es también una acción religiosa, porque por medio del recuerdo se hace memoria viva del paso salvador de Dios en la historia del pueblo de Israel. El recuerdo está unido a dos hechos constitucionales de la comunidad israelita: la liberación de la esclavitud de Egipto y la alianza entre el pueblo liberado y el Dios liberador. Ambos hechos poseen al mismo tiempo una dimensión histórica y una dimensión religiosa.

Israel está firmemente convencido que Dios está detrás de su libertad conquistada a los egipcios. Siente que Dios mismo, con la guía de Moisés, es el verdadero artífice de los distintos sucesos históricos que van a culminar con el paso del Mar Rojo y la travesía por el desierto hacia la Tierra Prometida. La liberación por parte de Dios se prolonga en la travesía del desierto. El recuerdo de esta travesía cristalizará en la memoria de los orígenes de Israel como Pueblo de Dios y terminará haciendo de ella un 'memorial' cuando se sepa y se reconozca a sí misma como 'distinta y escogida' entre las distintas naciones y pueblos.

Dios mismo quiere ser recordado como libertador, verdadero origen de la libertad, y como único artífice y arquitecto de esa liberación. Se trata de un Dios único y trascendente, rico en misericordia y compasivo con los que le invocan, que no se deja manipular por los hombres y que no tolera la idolatría, es decir, la acción de falsos dioses que distorsionan y distraen la verdadera salvación que Él trae y otorga, por pura gracia, a al pueblo de su elección. No son los hombres quienes eligen a Dios, sino Dios mismo quien sale al encuentro de ellos.

La comunión

Entre el Dios liberador y el pueblo liberado se van a dar mutuas relaciones: "Yo seré para ellos... y ellos serán para mí..." El pueblo no puede subsistir sin la misericordia de Dios, capaz de sacar agua de la roca más dura o de alimentar a una muchedumbre, y Dios quiere recibir por parte del hombre ofrendas y sacrificios que manifiesten su grandeza y su paso decisivo en la historia, no porque Dios lo necesite de por sí o en sí, sino como gesto de entrega al mismo Pueblo, como expresión de su propia libertad y de su compromiso por mantenerla.

La unión común entre Dios y el hombre o la común unión entre el hombre y Dios son las notas que muestran que la suerte del pueblo no es indiferente para Dios, que sigue cuidándolo y acompañándolo, y que el pueblo necesita a Dios para que no pierda su dignidad ni se extravié entregando su libertad a ídolos o falsos dioses. La comunión es un acto religioso de mutuo reconocimiento entre Dios y su pueblo.

Comulgar, ya en cristiano, no es solo recibir un sacramento, es estar comprometido con una llamada y con un seguimiento. Comulgar quiere decir compartir, hacerse solidario. Dios, por así decir, se superó a sí mismo, tras la liberación de la esclavitud de Egipto y la constitución del pueblo de Israel, con la Encarnación de su Hijo. La solidaridad de Dios con el hombre llega hasta el extremo en Jesús, confesado como el Cristo, quien dio su vida por toda la humanidad.

Para siempre

Desde el comienzo de la Creación el aliento de Dios está presente en lo creado, de modo especial en el hombre. El viejo pacto entre el Dios del Antiguo Testamento y el Pueblo de Israel, se ha convertido en Jesús, Hijo de Dios, en Nueva Alianza que alcanza a toda la humanidad, sin que importe ya la raza, la lengua o el género.

La fidelidad de Dios hacia su pueblo se ha convertido en Jesús en promesa de vida eterna, en una eternidad que trasciende el tiempo histórico y que va más allá de nuestra muerte corporal. En su comunión con Él participamos ya, como enseñan los Padres de la Iglesia, de la divinización porque toda la humanidad está orientada a ver a Dios cara a cara y a morar en su santuario.

La actual pandemia por el Covid-19 nos está retando como humanidad. No hay país o grupo humano que esté libre de esta lacra. Cada día algo es más claro: solo podremos superarla con el esfuerzo y el aporte de todos. Tenemos la oportunidad de crear nuevos lazos de encuentro y comunión solidaria entre todos. Ojalá que al salir de esta crisis seamos todos mejores personas, más preocupados, solícitos y solidarios con la suerte de los demás y comprometidos con nuestro planeta.



Fray Manuel Jesús Romero Blanco O.P.
Misionero dominico en la Amazonía peruana

No tenemos publicado Evangelio para niños para este día.